

Tres actitudes erróneas

El Vicario de Cristo sigue preocupado por la repercusión que en la concepción del mundo actual han tenido y siguen teniendo los indiscutibles avances de la ciencia al servicio de una técnica cada vez más perfeccionada y más avasalladora. Preocupado —y con sobrada razón— por esas repercusiones en el campo del ordenamiento natural, de la moralidad pública y privada, del valor y trascendencia de la persona humana frente a una actual divinización del poder del hombre en razón de esa misma superación técnica.

Pío XII en su último Mensaje navideño examina las diversas actitudes nacidas en las conciencias ante los avances técnicos incontenibles de los dos últimos lustros.

Una, la de «este hombre moderno, casi convencido de lo ilimitado de su poder, inclinado a medir su propia fuerza por la potencia de sus instrumentos, de sus organizaciones, de sus armas, por el proceso de sus descubrimientos, por el número de sus productos, por la distancia a que puede llegar su palabra, su vista, su influjo», pero que, lejos de medir mejor así la enorme distancia entre «su obra inmediata y la inmensa de Dios», se ciega con su propia soberbia y le pasa inadvertido el fundamento sobrenatural que da consistencia y armonía a las obras humanas.

Es otra la actitud de quienes, viendo en las últimas experiencias científicas nucleares un signo de la «brutalidad de la sociedad actual, denuncian ásperamente el esplendor externo de su fachada y niegan todo crédito al hombre y sus obras», refugiándose en una falsa vida interior que desconoce las promesas de Cristo y alimenta «una esperanza cuajada de angustia, casi desesperada», sugerida por el temor y la incapacidad de dar al hombre un orden externo acorde con los designios divinos.

Por último, está la postura de los indiferentes e insensibles, de los que ante las dificultades del mundo actual buscan sólo la manera de allegar el máximo de comodidades, la «máxima disponibilidad de bienes exteriores», con la única inquietud de que el sucederse de los días pueda privarles de ese goce material perfecto que únicamente puede satisfacerles. En frase del Papa, se trata de «espíritus pobres, hechos insensibles e incapaces de dar un sentido a su vida».

Consecuencia de esas tres falsas e inconsecuentes posturas, denunciadas por anticristianas y contrarias al orden natural querido por Dios, es la falta de fundamento para la seguridad del hombre actual, que viene a cifrarse en una errónea aplicación de la ciencia y de las técnicas de la seguridad humana, sin reparar en que el voceado poderío del hombre frente a la Naturaleza «no será capaz de transformar la tierra en un paraíso de goce completo».

De ahí la indefectible necesidad de fundamentar la seguridad del hombre en los principios que miran, dentro del progreso, de la ciencia y del trabajo, a la naturaleza humana en cuanto hechura de Dios para más altos fines que los meramente utilitarios. De acuerdo, por tanto, con la doctrina paulina que describe la totalidad del orden creado y de las criaturas en aquella admirable graduación: «Todo es vuestro, vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios».

La muerte de un maestro: Mosen Batlle

Ha muerto un educador, un maestro; uno de estos hombres que se dedican a la atractiva tarea de guiar un grupo de jóvenes. El educador, era, además, sacerdote. He pasado, como tantos, por las manos de dos o tres educadores; a ninguno he podido llamarle maestro. Por esto envidiaba a los amigos que tenían por maestro al sacerdote que ahora ha muerto. Fué al entierro; comprendía y compartía el dolor de mis amigos. Tener un maestro y perderlo es algo muy triste.

Nunca había visto tanta gente en un entierro. Espontáneamente —duró más de una hora— todo el mundo callaba y rezaba. Pensé: tenían razón mis amigos, era un buen maestro, ya que les enseñó algo a primera vista tan sencillo como es hacer las cosas bien; rezar en un entierro, darle su sentido cristiano.

En el cementerio muchos lloraban: muchachos que lloraban en público, delante de conocidos y desconocidos. Pensé: amó tanto a sus discípulos como para que ahora ellos le lloraran, como para que no les dé vergüenza llorarle.

Al introducir el féretro en la sepultura hubo que retirar los restos de un esqueleto. Había allí colegiales, niños, gente que jamás había visto un muerto. Nadie cerró los ojos, ninguna chica miró, disimuladamente, a otra parte. Cantaron un credo y luego entonaron alegres canciones de montaña (el maestro utilizaba la pedagogía de Baden Powell), marchas, himnos de despedida, canciones para ser cantadas por la noche, en un campamento y alrededor de una hoguera. Pensé: debió de ser un gran cristiano, tener mucha fe y mucha esperanza para poder inculcar a sus discípulos esta fe y esta esperanza que ahora les hace vencer a la muerte. Debió de ser un buen maestro ya que sus discípulos fieles y numerosos, han aprendido bien la lección; han sabido prepararle la despedida que se merecía: con canciones en la tumba en vez de un puñado de polvo. (De *El Ciervo*)

**Hemos seleccionado para Vd.
lo mejor en LAVADORAS :**

**Venduit, Otsein, Agni,
Fa-Net, Brú, Superkin,
Perco y Regina.**



Las más acreditadas marcas se han dado cita en nuestro establecimiento entre las que es fácil distinguir la lavadora que Vd. le gusta y conviene.

Pida una demostración :

Almacenes EL SIGLO XX

ELS QUATRE CANTONS - Teléfono 3 - VILAFRANCA

Estilográficas garantizadas, solo Claret